

Sus arrugadas y trémulas manos se juntaron, y se dejó caer estenuado por la fatiga sobre la yerba, murmurando:

—Protéjanlas Dios y la Virgen.....

La fiesta fúnebre había terminado en el cementerio, y Bibandier acabando su oficio de enterrador, cubría con tierra las tumbas de Diana y Elena.

Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:

—Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:

—Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:



—Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:

—Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:

—Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:

—Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:

—Después de algunas momentos de silencio, Bibandier se levantó y se dirigió al altar de la Virgen, y después de haberse arrodillado y rezado un rato, se volvió hacia el pueblo, y dijo:

DOS TUMBAS.

El sonido metálico y brillante del gran péndulo del salón, que daba lentamente las nueve, se oía hasta en la habitación del Angel.

Era la noche de la misa fúnebre dicha en la parroquia de Glenac por las almas de Diana y Elena de Penhoel.

La víspera en aquel mismo momento hubiera podido sonar la gran péndula por espacio de un cuarto de hora sin que nadie lo hubiera advertido, en medio del ruido y de la algazara de la fiesta. Pero los huéspedes que habían acudido en busca del placer al castillo, habían huido ante aquel duelo que

repentinamente se había deslizado entre la prometida alegría.

¿Qué hacer en una casa mortuoria? Los huéspedes de Penhoel hasta el último habían partido todos. Entonces en lugar de los alegres rumores del baile reinaba un silencio sepulcral; en vez de aquella muchedumbre risueña y bulliciosa que animaba los verdes bosquecillos del jardín, la soledad; en vez de las prodigadas iluminaciones, las tinieblas.

Hubiérase dicho que era una casa abandonada. En toda la fachada del castillo no se veían más que resplandores débiles atravesando apenas la seda de las colgaduras; una de esas luces ardía en la habitación de René de Penhoel, la otra alumbraba la estancia del Ángel.

La Señora estaba sentada á la cabecera de su hija, cuyos ojos, hinchados por las lágrimas, acababan de cerrarse hacia algunos minutos. Blanca dormía un sueño inquieto y lleno de estremecimientos. El dolor que la había atormentado durante todo el día, se había apoderado de ella entre sueños, porque la pobre niña se quejaba y gemía.

Blanca había llorado mucho: Elena y Diana, sus dos primas á quienes tanto amaba, no existían ya. La víspera envidiaba sus sonrisas y ahora estaban acostadas en la tierra. La pobre Blanca había sufrido durante todo el día aquel dolor lleno de admiración y de espanto que se apodera de las niñas al primer aspecto de la muerte.

A su edad, y cuando no se ha visto todavía es-

pirar á una persona querida, no se cree completamente en la separación eterna. La imaginación rechaza mucho tiempo la idea de la muerte, y vagas esperanzas se obstinan en el fondo del corazón.

Blanca había pensado más de una vez en el transcurso del día que todo aquello no era más que un sueño funesto. Desde que sus párpados, fatigados por las lágrimas, se cerraban, creía ver las dulces fisonomías de sus primas sonreír á la cabecera de su lecho.

¿Acaso se muere tan fácilmente siendo joven y bella? ¿Puede abrirse la tumba al otro lado de la puerta de un salón de baile?

Los ojos del Ángel estaban rojos y húmedos todavía. El sueño la había sorprendido sin duda en medio de una plegaria, porque sus manos permanecían juntas sobre su colcha. Estaba mucho más cambiada que la noche de San Luis. La enfermedad no podía robarle su esquisita belleza, pero su rostro tenía las huellas del sufrimiento físico y de la debilidad.

No se necesitaba tanto para que las miradas de Marta, atentas é inquietas, no se separaran un momento de las facciones de su hija querida. Pero aquel día tenía Marta de Penhoel fijos los ojos en el suelo hasta el extremo de parecer que se olvidaba de la presencia del Ángel.

No oía las quejas que salían de la boca de su hija, no veía á la pobre niña agitarse inquieta en su

TOM. II,

30125

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

lecho y palidecer á veces repentinamente á los repetidos ataques de un dolor aun mas agudo.

La fisonomía de Marta parecia ser de piedra. Desde la caída del dia estaba sentada en el mismo sitio.

No hacia el menor movimiento.

Sus ojos, fijos en la tierra, no tenian pensamiento. La sangre habia abandonado completamente sus mejillas, lívidas y como muertas.

Antes de dormirse agobiada de fatiga le habia dirigido la palabra muchas veces Blanca, pero ninguna habia obtenido respuesta.

¡Y era extraño!

¡Acogia ordinariamente con tanta avidez cada palabra que salia de la boca de su hija!...

No oia.

Cuando una tortura demasiado desgarradora destroza el alma, se llega á hacer uno insensible y sordo.

¿Pero cuál era esa tortura? Viendo las hijas del tio Juan se mostraba con ellas muy fria Marta de Penhoel.

¿La muerte de las dos pobres niñas la habia cambiado hasta el extremo de reemplazar su frialdad con pesares tristes y apasionados?

¿O tenia su dolor otra causa?

Marta estaba sola, y ningun oido amigo se abria para recibir sus confidencias. Su pensamiento era un secreto entre ella y Dios.

Cuando el sonido de la péndola llegó á sus oidos

á través de las espesas paredes, su cabeza, que se apoyaba sobre el respaldo del sillón, se inclinó hácia adelante como para escuchar.

Contó hasta nueve campanadas. Luego se cruzaron sus manos frias y blancas sobre su traje de duelo.

—¡Las nueve!... murmuró con voz breve y alterada: la última vez que cantaron dió la hora mientras repetian la segunda estrofa. Lo recuerdo bien, eran las nueve.

Se detuvo como si su imaginacion hubiese escuchado en sueños una melodía lejana.

Luego brillaron dos lágrimas en sus ojos húmedos y hasta entonces secos y abrasados.

Se puso á decir lentamente y como si no tuviera la conciencia de sus propias palabras, los últimos versos de la canción *Las hijas de la luna*.

Un hondo suspiro agitó su pecho.

—¡Las dos! murmuraba; ¿qué le diré si vuelve?

En aquel momento exhaló Blanca un suspiro mas claro.

La señora levantó los ojos hácia ella. Pero su mirada en lugar de aquel amor esclusivo y celoso con que antes se animaba cuando contemplaba al Angel, espresó una especie de cólera reconcentrada.

—¡Mlle. de Penhoell pronunció con una sonrisa amarga; ¡la heredera! Os mereceis todas las atenciones, todos los respetos y todo el amor! Para ellas nada. ¿Eran menos bellas ó menos buenas? ¡Dios mio, Dios mio! todas mis caricias han sido

siempre para una, mientras que las otras sufrían resignadas! Las otras, que se sacrificaban y morían por mí!

Estaban arqueadas sus cejas; su mirada proseguía siempre fija, dura y fría en Blanca dormida.

—¡Mlle. de Penhoell! repitió con creciente amargura; la hija de la casa!... Las otras se sentaban siempre á un extremo de la mesa, y no era sino por caridad que comían el pan del castillo!

Se levantó con un movimiento brusco y continuo, dirigiéndose al Angel, como si la pobre niña hubiera podido oírlo.

—¡Les habeis usurpado todo! su puesto en la sociedad!... su herencia!... hasta la sonrisa de su madre!

Una lágrima corrió á mojar las pestañas de Blanca que dormía.

La cabeza de la Señora cayó sobre su pecho.

—Hasta el último día, replicó. ¡Oh! me ha sido preciso permanecer al lado de vuestro lecho mientras que algunos estraños cubrían su tumba con tierra bendita! ¡Abandonadas, abandonadas desde la cuna hasta la muerte!...

Cubrióse el rostro con las manos y guardó silencio durante algunos minutos; luego irguiéndose repentinamente, dijo con escesiva pasión:

—Creo que al menos se las podrá amar despues de la muerte! ¡Dormid feliz, Blanca de Penhoell! Voy por la primera vez á abandonar á mi hija para pedir á Dios por ellas.

Marta olvidó depositar un beso en la frente de su hija.

Atravesó la estancia á pasos lentos, perdiéndose en los corredores del castillo despues de haber cerrado la puerta, dando dos vueltas á la llave.

En su camino no encontró ni criado ni señor.

La casa parecía desierta.

Una vez fuera, apretó el paso para dirigirse hácia la parroquia de Glenac, que distaba mas de un cuarto de legua.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



III.

DOS TUMBAS.

(CONTINUACION.)

El tiempo era caloroso y sofocante como la víspera; únicamente soplaba una brisa calina por ráfagas que desgarraban en distintos puntos el velo de las nubes que cubrían el cielo.

La luna se mostraba por intervalos, haciendo salir de las tinieblas los pantanos y las montañas. Esto duraba un minuto, y todo desaparecía invadiendo de nuevo por la noche victoriosa.

En su camino solitario vaciló mas de una vez Marta de Penhoel, porque estaba muy débil. Mas de una vez tambien se detuvo sobrecogida de una

especie de terror, porque un rayo de luna deslizándose á través de los árboles, le mostraba acostadas sobre la yerba las dos niñas, inmóviles y dormidas con sus trajes blancos.

Otras veces, cuando se volvía su mirada hácia los pantanos, que se estendian á su izquierda hasta perderse de vista, le parecia que una voz triste murmuraba á su oído las melancólicas palabras de la canción bretona.

Era la hora en que acuden las vírgenes muertas á llorar la vida bajo los sauces.

Marta veía como sombras vagas que se movían á la orilla del agua.

¡Pobres Hijas de la Luna!

Marta era hija de la Bretaña.

Humedecíanse sus ojos por las lágrimas, estendiendo sus brazos hácia los sauces.

Proseguía su camino.

En torno de su inteligencia habia como una especie de bruma. Flotaban sus pensamientos confusos.

Poníase á sonreír cuando vertía lágrimas mas abundantes, sin poder terminar á pesar suyo la oración comenzada.

¡Había sufrido tanto!

El cementerio de Glenac da vuelta á la pequeña iglesia, cuyas indigentes paredes, decrépitas por demás, se elevan á una escasa altura, dominando sin embargo todo el paisaje que ya hemos descrito mas de una vez.

La única calle de la aldea desciende tortuosamente hácia los pantanos y baña sus últimas casas en las grandes aguas cuando hay inundaciones. La cascada de Tremeulé está situada entre la parroquia de Glenac y la Dama Blanca; ha hecho sonar muchas veces las campanas de la parroquia para avisar el peligro que corrían algunos desgraciados. Detrás de la iglesia hay grandes árboles tan copudos que apenas se ve el cielo á través de sus ramas.

Pasan la elevada cruz de piedra que señala sobre la techumbre el sitio del altar. Los ancianos dicen que los padres de sus abuelos habían visto aquellos árboles ya altos y frondosos: tienen multitud de siglos.

Entre esos elevados árboles separaba una balaustrada de madera un espacio cuadrado del resto de las tumbas: era la sepultura de Peuhoeel desde que no se enterraba dentro de la iglesia.

Marta entró en el recinto, donde la luz de la luna le mostró las dos tumbas recientes, que ninguna piedra cubría aún.

Arrodillóse entre las dos huesas, permaneciendo mucho tiempo inmóvil. El aire amenazaba tempestad: comenzaba á levantarse el viento, agitando la pesada atmósfera: el añoso follaje de los árboles se movía por intervalos y la veleta de la iglesia volviendo á ese soplo incierto que precede á la tempestad, arrojaba en medio de la noche su agudo quejido.

Nada escuchaba Marta.

Únicamente cuando el sordo ruido de la cascada de Tremeulé, llevado por el viento, llegaba hasta ella, parecía experimentar su cuerpo un rudo choque.

Sabía que los cadáveres de las dos jóvenes habían sido hallados bajo la Dama Blanca.

Volaba el tiempo.

Marta permanecía siempre muda y sin movimiento. Al cabo de cerca de un cuarto de hora echó á la espalda sus largos cabellos, que le cubrían el rostro, porque había salido con la cabeza desnuda. Sin la sombra espesa que reinaba, proyectada por los árboles, hubiérase podido ver en aquel momento sobre sus facciones una sonrisa tranquila y dulce.

Adormeciáse su dolor.

—¡Diana!... dijo en voz baja.

Y como el silencio no respondiese á su voz, se volvió Marta al otro lado diciendo:

—¡Elena!...

Igual silencio.

Marta puso sus dos manos sobre el corazón; brillaba un relámpago en la noche de su inteligencia.

—¿Será cierto?... murmuraba... ¡No volveré á ver nunca su encantadora sonrisa!... ¡Descansan ambas bajo de la tierra!... ¿Me escuchan?... ¿saben que las engañaba?... ¿Conocían el profundo amor que hacía ellas albergaba mi corazón?

Juntó las manos sobre sus rodillas: sus ojos no podían llorar, pero su quebrantada voz se confundía con sus lágrimas.

—¡Pobres niñas! replicó, ¡pobres y queridas niñas! ¡Almas bellas que vivís del sacrificio y de la ternura!... Se creían desdenadas... en torno suyo no había mas que frialdad... y nunca salió de su boca una sola queja...

Hace dos días aún, cuando las hallaba arrodilladas á mi lado como dos ángeles consoladores, me hablaban de morir por mí... y yo no tuve mas que palabras de burla, de indiferencia... ¡Oh! ¡piedad! ¡perdon!... ¡os amaba, os amaba!...

Dos lágrimas abrasadoras inundaban entonces sus mejillas, y los sollozos agitaban su anhelante pecho.

—¡Os amaba! prosiguió haciendo seña de oprimir contra su corazón una persona querida. ¡Dios lo sabía! ¡Dios veía mis lágrimas y conocía mi martirio! ¡Oh! no érais vosotras solas las que sufríais, pobres niñas... y ahora que sois dos santas en el cielo, rogad por mí, que me quedo sobre la tierra para sufrir!

¡No tenía voz!

El silencio reinó en el cementerio.

Cuando Marta comenzó de nuevo á hablar, era su acento dulce y lleno de caricias.

—Dios es bueno, dijo; ya sé que no pasará mucho tiempo sin volveros á ver... ¡Cuántos besos os daré cuando nos encontremos juntas!... Yo no me ocultaré mas... Os mostraré mi alma... ¡Amarnos!... ¡amarnos!... Esa será nuestra ocupación en el paraíso.

Estremeciése, levantándose repentinamente.

—¡Blanca!... dijo como si una voz hubiese murmurado este nombre á su oído... es verdad, la había olvidado.

Luego añadió con amargura:

—¡Siempre ella entre ellas y yo! ¡Siempre!... Y vosotras amábais, pobres mártires, á esa niña feliz que os robaba todo mi cariño... ¡Blanca!... sí, soy su madre... es preciso que vele por ella, y no tengo tiempo de permanecer á vuestro lado.

Antes de levantarse tocó con sus labios la tierra húmeda que cubría las dos tumbas.

—¡Adios! murmuró. Mañana volveré.

Salió del cementerio.

Mientras marchaba por el camino que antes había seguido, el viento, que ganaba á cada momento en violencia, le hería en el rostro. Al cabo de algunos minutos la especie de velo que cubría su inteligencia se desgarró. Durante la hora que acababa de trascurrir había obrado y hablado como en un sueño. Entonces se encontraba delante de la realidad: la idea de su hija invadía de nuevo su corazón.

No lo había perdido todo, puesto que vivía Blanca.

Blanca era su tesoro.

Si se le hubiera recordado la amargura reciente de sus palabras cuando estaba arrodillada entre las dos tumbas, no hubiera Marta querido creerlo.

Echar en cara á la adorada niña el amor que le profesaba, ¿no hubiera sido una blasfemia?

Marta apretaba el paso.

Decíase que tal vez se hubiese despertado el Angel durante su ausencia, y que la habría llamado en vano.

Veíase entrando en la habitacion abandonada un momento y precipitándose hácia el lecho para cubrir de besos el rostro de su querida hija el Angel.

El Angel, que sonreía contenta y curada.

¡Oh! en medio de su miseria habia alguna felicidad.

Los corazones heridos tocan sempre en los extremos. No tienen regla alguna porque su fuerza está rota. Véselos pasar de la desesperacion á la alegría, y todo otro sentimiento parece exaltado en ellos por una especie de fusion.

El alma de Marta se inundaba de alegría.

Blanca era en aquel momento para ella todo. Todas sus facultades de amor se reconcentraban en Blanca.

El mismo paisaje triste estaba siempre en torno suyo, la colina, ya sepultada en la noche, ya iluminada por el pálido resplandor de la luna, el inmenso pantano en medio del que se elevaba la fantástica figura de la Dama Blanca, que hubiera debido hablarle todavía de las dos jóvenes muertas.

Pero entonces no veía con los mismos ojos. Pare-

ciala que sonreía la noche delante de sus pasos. Era fuerte; su paso no vacilaba.

Apresurábase consolada porque veía brillar en lontananza en medio de la fachada del castillo la luz que habia dejado en la estancia de su hija....

Hácia esa misma hora seguía un caballero el camino de la Gacelly, á media hora de Redon. Este caballero tenia el mismo pensamiento que la Señora, y su corazon, ébrio de alegría, palpataba con fuerza al recuerdo de Blanca, á quien iba á volver á ver.

Era Vicente de Penhoel, que llegaba de Brest, gracias á las monedas de oro que Berry Montalt, el nabab de Mascot, le habia dado.

Vicente habia pagado al capitán inglés y se habia dirigido hácia Ile-et-Vilaine sin pasaporte y á riesgo de caer entre las manos de la policia.

¡Tenia tantos deseos de ver á Penhoel....

Impelia su caballo, no inquietándose nada por la tempestad que amenazaba y encorbaba ya las ramas flexibles de los árboles.

Al llegar á la altura de la aldea de Bains, en aquel mismo sitio donde hemos visto antes al ejército del bandido Bibandier detener á Roberto de Blois y á Blas, oyó delante de él el paso de un caballo; un momento despues pasó por su lado á escape un caballero.

Vicente creyó ver confusamente que el caballo llevaba dos bultos: un hombre y una mujer.

Esto no le importaba nada; pero sin embargo, se oprimió su corazón.

Sin darse cuenta de lo que hacia, llamó al caballero, intimándole que se detuviera.

Pero éste había desaparecido por el recodo del camino. Vicente no obtuvo respuesta.

Un irresistible instinto le hizo volver la cabeza de su caballo; dió también algunos pasos atrás, y solo pudo detenerle la idea de que el desconocido estaba mucho mejor montado que él.

Continuó su camino hácia Penhoel con la cabeza baja y atormentado por un presentimiento triste que no podía desechar....

La Señora acababa de entrar en el castillo de Penhoel. Los corredores estaban desiertos. Encontró la puerta de la estancia del Angel cerrada de la misma manera que la había dejado.

Hizo volver vivamente la llave en la cerradura y se lanzó hácia el lecho con los brazos tendidos y la sonrisa en los labios.

El lecho estaba vacío.

La Señora no dejó de sonreír.

—¡Picaruela! murmuró; has querido castigarme por haberte dejado sola un momento....

Busca entre las colgaduras de la cama y de las puertas.

—¡Blanca! llamó sin levantar la voz: ¿dónde estás?

Blanca no respondía.

Marta abrió las puertas de los gabinetes, registrando hasta en los menores rincones.

—¡Blanca!... repetía con voz algo alterada ya; no quieras atormentarme mucho tiempo, hija mía. Si tú supieras que me sobran las razones para temer.... ¡Blanca, Blanca, te lo ruego!

Temblaba, pero sonreía aún.

De pronto dió un grito desgarrador, dejándose caer de rodillas.

Acababa de ver abierta la ventana y parte de una escalera cuyos últimos peldaños llegaban á descansar en la tierra.

